

LOS SUICIDIOS



LOS SUICIDIOS

I.



QUIÉN es M. Lefebvre?

Es un hombre audaz, un médico impertuno, un sabio temerario, que ha tenido la ocurrencia de inquirir y la impertinencia de advertirnos que...., indignémonos...., que la civilización moderna es una enfermedad, mejor dicho, que todo lo que constituye hoy nuestra gran vida no es más que nuestra muerte.

Hay muchos hombres, ¡insensatos!, empeñados en detener los delirios de la razón soberana en nombre de la ciencia y de la fe; hay también quien ha levantado su voz contra los extravíos del lujo en nombre de la honestidad y de la virtud; pero faltaba, por lo visto, quien pretendiera detener la corriente impetuosa de la vida moderna en nombre de la vida misma.

He aquí un loco que ha decidido matarnos so pretexto de que estamos muertos.

Tal es M. Lefebvre.

Aquí tenemos al hombre que, sepultando la mirada en la lobreguez de las miserias humanas, ha sacado á la luz del mundo, de la obscuridad de los hospitales, esta sentencia terrible y á la vez absurda:

Él dice: « El espíritu que anima á la sociedad moderna es un espíritu mortal ».

Ó, lo que es lo mismo:

La muerte está en el alma.

Para llegar al término cruel de esta averiguación perfectamente oculta en las profundidades de nuestra inmensa felicidad, M. Lefebvre se ha servido de un procedimiento bien extraño.

Recusando el juicio de los hombres que al parecer no han perdido todavía la razón, y desatendiéndose del testimonio fehaciente de los vivos, ha apelado á la formalidad de los que están rematadamente locos y al testimonio de los que están completamente muertos.

Contra los cuerdos presenta á los locos, contra los vivos invoca el testimonio de los muertos, y levanta contra la lisonjera flexibilidad de las palabras la acusación aterradora y auténtica de los números.—¡Qué atrocidad!....

M. Lefebvre, con cruel sabiduría, viene á sorprendernos en medio de nuestra viva felicidad con la mortal advertencia de que somos los seres más desdichados de la tierra.

La voz sepulcral de sus números debe resonar en nuestros oídos, como resuena en los oídos de los enemigos de Lucrecia Borgia el canto fúnebre que, en medio de la alegría del festín, les anuncia que todos están irremisiblemente envenenados.

M. Lefebvre observa con triste mirada que la enajenación mental progresa en nuestros días con proporciones alarmantes, y que el suicidio, que no quiere ser menos que la locura, le disputa á ésta con obstinado empeño el dominio de los hombres.

No ha ido M. Lefebvre á buscar los datos seguros de su estadística en los pueblos salvajes de Africa, ni ha pretendido encontrarlos en las vastas regiones de la India, donde ya la culta Inglaterra ha introducido á cañonazos la suprema felicidad del opio civilizador.

M. Lefebvre es, digámoslo así, más modesto en sus estudios, su mirada, cruelmente investigadora, no ha querido pasar de París y de Londres; ni siquiera la ha fijado un momento en Madrid, como si por un error geográfico, que muchos críticos no le perdonarán, creyera que España no pertenece aún á esa Europa modernamente civilizada.—¡Cómo se engañan los sabios!....

El progreso de la locura se ofrece al estudio de M. Lefebvre en esta forma estadística:

En 1836 la Francia contaba un demente por cada 3,024 habitantes, y en 1851 había llegado ya á contar uno por cada 1,676.

Es decir, que en quince años se ha duplicado en Francia el número de los rematadamente locos.

En 1783 se consumaban en Francia 150 suicidios anuales; pero ya en 1865 la suma de los suicidios anuales llegaba á 4,000.

Aquí, M. Lefebvre, aterrado, debió exclamar:
¡Veintiséis veces más!.... ¡Qué progreso!

No se señala en los datos que tengo á la vista el número de locos que en esa estadística creciente corresponde á la Gran Bretaña, sin duda porque no le ha parecido natural á M. Lefebvre que se entreguen á los delirios de la locura los hombres más juiciosos del mundo.

Ó quizá, en su calidad de francés, ha sentido las respetables sugerencias del espíritu nacional, ocultando que Inglaterra puede competir con Francia en el desarrollo progresivo de la demencia.

No hay inconveniente en dejar al lector en libertad de creer que los locos escasean en un pueblo donde todo marcha con la precisa regularidad de un cronómetro y donde está prevista la nulidad de los contratos hechos después de comer, en atención á que, según parece, es bastante general entre los ingleses la costumbre de almorzar fuerte.

Mas, sea de esto lo que quiera, el caso es que M. Lefebvre guarda silencio acerca de este punto, pero se ve obligado á reconocer la superioridad de Inglaterra acerca del otro punto.

Confiesa que en la Gran Bretaña el suicidio aumenta, esto es, progresa en proporciones consi-

derables, y no necesita salir de Londres para averiguar que en aquella ciudad, centro de la civilización moderna, sale la cuenta á más de tres mil suicidios por año.

A esta altura nos encontramos.

Permítaseme que aumente aquí los datos de M. Lefebvre con uno que acabo de recoger en los periódicos y que viene como una justísima reclamación, en que la nueva América pide la parte que de derecho le corresponde en el progreso moral que reparte por el mundo la Europa civilizada, esto es, la Europa moderna.

Los periódicos de Nueva York consignan veintisiete casos de suicidio premeditado en el transcurso de una sola semana; de manera que, repartida la cantidad conocida, tocan á cuatro suicidios por día.

Entre estos suicidios hay uno característico, que merece particular mención.

Para el yankée la vida no es más que un bolsillo de piel ó una bolsa de cuero que hay que llenar con una cantidad mayor ó menor de pesos fuertes, según la capacidad de cada uno.

Pues bien: he aquí un yankée que debía ser un saco de cuero completamente vacío, y, lo que es natural, quiso llenarse pronto y bien, y aquel hombre, digámoslo así, que no creía más que en el dinero, creyó en una *fortunatilles*, esto es, en una gitana; más claro: en una bruja que le ofreció el premio gordo de la lotería.

Pero los números, que por una rivalidad bien excusable suelen burlarse á menudo de las palabras, sus eternos rivales, dejaron esta vez burladas las promesas de la bruja, y el premio gordo cayó en otro yankée, es decir, en otro bolsillo.

No sé qué género de pensamientos pueden cruzarse por la capacidad vacía de un saco que no se llena; pero en el caso presente el yankée debió pensar que el saco de su vida le era inútil, y rompió el saco.

Hay una especie de locura que no se sabe á punto cierto si existía hace cien años; pero que M. Lefebvre ha averiguado de positivo que en la actualidad hace millares de víctimas, lo que induce á creer, ó á lo menos á sospechar, que es una enfermedad moderna, ó, lo que es lo mismo, un adelanto del siglo.

Esta locura ofrece á la consideración de la ciencia caracteres muy singulares, y se conoce con el nombre de locura parálitica, porque se manifiesta por medio de parálisis parciales, y en especial de la lengua.

Y aquí digo yo: ¿cómo es posible que haya salido de las entrañas de nuestra civilización una enfermedad que especialmente se dirige á matar la palabra en la misma boca del hombre moderno?

Es verdad que esa enajenación absurda se muestra casi siempre con ilusiones de poderío, de grandeza y de fortuna, y en ese caso bien podemos admitir con orgullo la gloria de una enferme-

dad que, al fin y al cabo, convierte al loco en poderoso y en feliz al suicida.

¿Qué importa que no lo sea, si él cree que lo es ó que puede serlo?

So pretexto de librarnos de esta enfermedad que acaba con la razón y con la vida, M. Lefebvre intenta arrancarnos los goces más propios y más característicos de la vida moderna.

Sólo nos permite vivir si nos despojamos de la vida que vivimos. Consiente que vivamos, pero ha de ser muriendo, con la demencia por realidad y el suicidio por término.

Este médico austero, sombrío, implacable, á título de una estadística inexorable, quiere hacernos creer que existe en las entrañas de la civilización que nos vivifica un gusano infatigable que roe nuestra vida, la vida del alma.

Ese gusano oculto, íntimo, dice que es el *sen-sualismo*.

Claro está; M. Lefebvre, por salvarnos de la locura y del suicidio, pretende nada menos que arrancarnos la vida.

Quiere que nuestra razón no sea libre hasta el punto de extraviarse; quiere que despreciemos los goces materiales de tal manera, que no nos desespere la imposibilidad de satisfacer los más fantásticos de nuestros apetitos, los más cultos de nuestros imposibles deseos.

M. Lefebvre quiere matarnos para que podamos ir viviendo. El absurdo no puede ser más estúpido.

Nos pide, en cambio de una salud que, después de todo, no alargará nuestra vida más allá de la muerte, el libertinaje de nuestra razón y la satisfacción continua de nuestros más vivos placeres.

¡Oh! Quiere que nos enterremos vivos.

¿Habremos de entregarle esta inmensidad de deleites en que nos agitamos, por unos cuantos días de vida pobre, obscura, modesta y sana?

Véase bien lo mucho que nos pide en cambio de lo poco que nos da.

Nos da la razón, esto es, lo que nosotros perdemos, lo que nosotros damos en cambio de cualquiera pasión fugitiva ó de cualquier vicio no satisfecho.

Nos da la vida, esto es, lo que nosotros entregamos á la muerte por un puñado de oro perdido, por cualquier cálculo fracasado, por vanidad ó por soberbia, por las miserias más comunes.

M. Lefebvre nos propone un negocio que no podemos aceptar.

Nosotros perderemos la razón, perderemos la vida; pero, ¡ah!, M. Lefebvre pierde el tiempo.

Sus números no valen más que nuestras palabras.



II.

Dos rasgos particularísimos dan al carácter de nuestra época cierto aspecto de originalidad indisputable: rasgos opuestos que se contradicen, que pugnan entre sí, y que, no obstante, se buscan, se enlazan y se completan como si no fuesen más que dos partes de un mismo todo: el anverso y el reverso de una misma medalla; la cara y la cruz de la misma moneda.

Decididamente, hemos alcanzado los mejores tiempos del mundo: todo cuanto nos rodea nos sonríe, y la ciencia y el arte, el comercio y la industria, se desviven por llenar de delicias el frágil vaso de nuestra vida. Claro está que no hemos de alcanzar la continua satisfacción de nuestros deseos sólo con tender la mano; el hospedaje es

magnífico, y por lo mismo caro; porque una vida cara supone una gran vida, y una vez decididos á dar una vuelta por el mundo, hay que vivir á peso de oro. Aún se dice que la tierra es un valle de lágrimas; y si la vida nos cuesta en ella un ojo de la cara, he ahí precisamente por qué nosotros somos los que llevamos la ventaja de no poder llorar más que con un ojo.

El afán de vivir se descubre inmediatamente que fijamos la vista en la superficie de la animada sociedad que formamos; pero si descubrimos un poco el fondo de esa misma vida, encontramos debajo del afán de vivir la manía de matarse, porque la felicidad y el suicidio andan por el mundo cogidos de las manos, más bien, codo con codo, como dos compañeros inseparables. No sé qué especie de cadena los une entre sí, ni qué género de grillete los ata á la larga cuerda de la vida moderna.

Ello es que, en medio de la algazara en que habitualmente vivimos y del tumulto con que nos animamos, raro es el día que no nos salpica el rostro la sangre de algún suicida. Y, ¡cosa bastante singular!, salen al paso de nuestras esperanzas, y se tienden delante de nuestra alegría, los cadáveres de aquellos que, por pura desesperación, conciben y realizan el propósito de quitarse de en medio. Pudiera decirse que la muerte misma, bajo su aspecto más horroroso, deslumbrada por los encantos de la vida, acude también á echar su tre-

menda carcajada en la loca embriaguez del común regocijo.

El que se muere, al fin y al cabo, no hace más que cerrar involuntariamente los ojos para no volver á abrirlos, so pretexto de esa última enfermedad, siempre incurable.

Es cosa muy triste esto de tener los días contados; pero si por casualidad nos coge de humor, y el muerto ha dado algo que decir en el mundo, nos apoderamos buenamente de su celebridad, paseamos pomposamente sus despojos mortales por los sitios más públicos, haciendo de un entierro una fiesta. Quiere decir que la vida á su vez acude á reirse de la muerte en las barbas mismas de la eternidad. El cadáver se queda en el cementerio, y el mundo, agotado el momentáneo recreo de su pomposo dolor, le vuelve la espalda á la sepultura para no volverse á acordar más de ella.

Hay días tan tristes, mejor dicho, tan insulsos, que el mundo se moriría de fastidio si la muerte no acudiera á ofrecerle la novedad de algún entierro extraordinario.

Muy bien: mientras los adelantos del siglo no nos aseguren la salud permanente y la vida perpetua, subsistirá la añeja preocupación de morirse. Entretanto, dejemos á la vejez y á las enfermedades el monopolio interino de la vida. Pero ¿qué especie de decrepitud ó qué clase de enfermedad es la del suicidio? ¿Qué género de muerte es ésta que nos acomete con nuestras propias manos en el mo-

mento en que el mundo nos deslumbra con sus más seductores atractivos? ¡Matarse cuando la vida es todo! ¡Aniquilarse cuando á todos nos ciega el empeño de ser algo en el mundo, y, Dios mío, cuando tan fácil es serlo!....

En rigor, no se trata de una enfermedad; se trata de una epidemia, porque el suicidio ofrece ya todo el aspecto de un contagio; los casos se multiplican en manos de la muerte en la misma proporción que los goces se multiplican en manos de la vida.... Hay aquí una lucha formidable trabada entre la vida y la muerte; por cada placer que el mundo arroja á la hambrienta voracidad de la vida, la muerte descubre á nuestros ojos por todas partes el continuo espectáculo de nuevos suicidios.

Podemos estar orgullosos de la grandeza de nuestras obras monumentales; no he de ser yo el que dispute al mundo moderno el honor casero de admirarse á sí propio; pero es el caso que apenas levantamos en las alturas del aire los arcos prodigiosos de un puente increíble, apenas tendemos sobre la tierra los rails de un camino de hierro, apenas abrimos al recreo público las risueñas calles de un jardín maravilloso ó la tranquila profundidad de un estanque apacible, cuando la muda presencia de un cadáver nos dice que por allí acaba de pasar la muerte. El suicida busca los lugares de nuestras ostentaciones, de nuestras grandezas y de nuestras delicias, para dejarnos allí la horrible

herencia de sus restos mortales. El suicidio es ya una cuestión de policía urbana.

Bueno que la gente se muera, porque al fin, llegado el momento, cada uno se esconde en el último rincón de su casa, y allí, digámoslo así, á sorbo callado, lucha con los últimos momentos de la vida, y, semejante á la luz de una lámpara, se consume y se extingue. Hay, sí, un duelo que no sale de las cuatro paredes de la casa y un luto que no va más allá del estrecho círculo de la familia; lágrimas, por lo común, solitarias, que acaban al fin por enjugarse; lutos que se esconden, y, más tarde ó más temprano, se desvanecen como sombras que la luz del mundo disipa. Mas estos homenajes fúnebres, tributados á la muerte en la intimidad de la casa y de la familia, debemos tomarlos como triunfos de la vida, porque el morir se no sería tan triste si el genio de la sociedad moderna no hubiera hecho la vida tan amable.

Y he aquí la contradicción que nos asalta: la vida tan amable y el suicidio tan frecuente; al lado de todas las satisfacciones de la tierra, todas las desesperaciones de la vida. Si me es permitido unir dos términos opuestos para expresar completamente la confusión moral en que nos hallamos, diré que hemos llegado á esa plenitud de bienestar, en la que nos ahoga la angustia de la felicidad. El fastidio es entre los ingleses la causa, por lo común, determinante del suicidio. Allí donde la posesión de los bienes materiales constituye el bello

ideal de la vida humana, basta que un lord se encuentre dueño de una fortuna fabulosa en libras esterlinas, para que inmediatamente busque la manera más original de poner fin á su existencia. *Spleen* es una palabra enteramente inglesa, en cuyo fondo todo inglés excesivamente dichoso encuentra una cuerda con que ahorcarse. ¡Ya se ve! : en este país clásico de la filantropía y del cálculo, hay en el suicidio reflexión y humanidad. Después que se han agotado todos los placeres de la vida, ¿quéle queda ya que hacer á un inglés sobre la tierra? Y si realmente sobra del número de los vivos, ¿cuán humanitario no es dejar á otro su puesto en el mundo!

Nosotros no hemos llegado todavía á ese suicidio juicioso, formal, grave y hasta sesudo. Los suicidas aquí no se matan por fastidio de la vida, sino por afán de vivir. Se juegan la vida á la vida, y he ahí que la pierden.

La civilización nos convida á un festín perpetuo, y si no nos abren pronto las puertas del banquete, nos arrancamos la vida en los umbrales mismos de la dicha.

Todas las precauciones adoptadas en el viaducto de la calle de Segovia para impedir la frecuencia de los suicidios, no son solamente inútiles, sino que, además, se oponen á la corriente natural del siglo. Parece que el suicida se complace en señalar con el paso de su cadáver los lugares en que más ostentación hacemos de nuestro orgullo, y hay que confesar que está en su derecho. Es un testi-

monio de prosperidad, ya no hay quien no tenga sobre qué caerse muerto.

El Canal estaba demasiado lejos de Madrid; podría creerse que el suicida, al buscar la muerte, huía del mundo como si quisiera esconderse antes de matarse; y como si quisiera ocultar su crimen á los ojos de los hombres, se sepultaba antes de morir. Ya no se trata de ese suicidio, digámoslo así, vergonzante; el viaducto es más ejecutivo, más público, más teatral, y, sobre todo, está en medio de la población, en medio de la vida.

Midiendo por el suicidio el movimiento civilizador de nuestros días, se nota fácilmente que la manía de matarse crece en razón directa del afán de vivir. En la ignorancia de las aldeas y en las soledades de los campos, el suicidio es desconocido: ¡pobres gentes!; si apenas viven, ¿cómo han de pensar en matarse! La naturaleza, empeñada en saberlo todo, se niega á entrar en los fastuosos caminos de la civilización, y el suicidio se detiene espantado ante la triple sencillez de la ignorancia, de las costumbres y del trabajo. Conforme se va penetrando en los grandes focos de la vida moderna, el suicidio se va presentando y multiplicándose en proporción de los goces que la vida ofrece. Madrid es, sin duda, tratándose de España, el centro del cual parten los rayos luminosos de la ilustración que nos regenera, porque en un certamen de civilización, ningún pueblo podría presentar un número tan considerable de suicidios.

Igual fenómeno se nos presenta si miramos la sociedad de abajo arriba : las últimas clases parecen exceptuadas de este tributo de cadáveres que la civilización , que es la plenitud de la vida, paga al suicidio, que es tres veces la muerte: el deshonor , la perdición del alma y el aniquilamiento del cuerpo. Cuatro veces crimen : crimen contra Dios, contra la naturaleza, contra la sociedad y contra sí mismo.

En esas regiones donde todavía se cree , se ama y se espera, el suicidio no llega ; pero nos sale al encuentro todos los días en medio de los placeres y de las disipaciones del mundo civilizado , donde podemos decir que se halla el colmo de la vida.

En el fondo de la felicidad con que se nos convida á vivir , hay un revólver con que romperse la cabeza , una cuerda de que suspenderse , ó un abismo en donde precipitarse.

Bien podemos exclamar en el alborozo de nuestra dicha :

—¡ Oh desesperada felicidad !... En el afán de vivir está la manía de matarse.



III.

ENTRE todas las cosas de que somos particularmente dueños sobre la tierra , ninguna nos parece más legítima , más propia , más nuestra , que la vida. Y , en verdad , si se considera que empezamos á disfrutarla desde el primer momento en que nacemos , y que nadie puede despojarnos de ella hasta el último instante de la muerte , lícito nos será creer , así á primera vista , que nos corresponde por la fuerza de un derecho invencible , á pesar de que no está escrito en ninguna parte.

Nada hay ciertamente más personal ni más exclusivo que la vida. La adquirimos al nacer por misteriosa herencia ; nos sigue á todas partes en nuestro páso por la tierra ; nace con nosotros ; vive

con nosotros; muere con nosotros, y aun me atrevo á decir que nos la llevamos al sepulcro, como si la poseyéramos por título de propiedad intransmisible; la perdemos sin que haya quien pueda apropiársela; su legitimidad consiste en que á ningún hombre le es permitido usar días de otro, pues para el caso de vivir, á nadie le sirve más que su propia vida. Es un billete personal, ante el que se nos abren las puertas del mundo, título intransferible, especie de cédula de vecindad que nos expide la naturaleza en virtud de órdenes reservadas que recibe de la Providencia.

Así nos encontramos manos á boca con la vida como si nos cayese por la chimenea; vida adquirida gratis, de la que nos declaramos dueños absolutos, con pleno dominio sobre ella. Mas penetrando un poco en la secreta intimidad que nos une á la vida, cuyo profundo abismo no puede sondear la mirada de los ojos humanos, nos asalta una cuestión de pertenencia que voy á exponer sencillamente.

Yo digo: el calabozo destinado á encerrar al culpable detenido por la justicia de los hombres, ¿pertenece al preso, ó es el preso el que pertenece al calabozo en que está encerrado? ¿Quién posee aquí? ¿Las ligaduras que sujetan, la cadena que aprisiona, ó las manos que las ligaduras oprimen ó aprisionan las cadenas?

Ciertamente, la lengua, eterna habladora que todo lo dice, nos autoriza para que podamos de-

cirlo todo, y en virtud de este derecho puramente lingüístico, cualquiera se apropia el dominio de su existencia, diciendo: esta es mi vida. Muy bien: mas del mismo modo y con más perfecto derecho le será permitido á la vida exclamar: he ahí mi hombre.

Porque, vamos á cuentas. ¿Depende la vida del hombre, ó es el hombre el que depende de la vida? Convengo en que, suprimiendo al hombre, la vida humana no sabría qué hacerse; pero suprimase la vida, y se acabó el hombre. Hay un verbo en todas las lenguas que contiene un sentido profundamente reflexivo y verdaderamente digno de meditación: sobrevivirse, esto es, vivir uno más que sí mismo; la vida más allá del hombre. La inmortalidad es la plenitud de la vida, y, ¡cosa admirable!, nadie en el mundo es inmortal hasta que muere, lo mismo de tejas arriba que de tejas abajo.

El suicida es, por consiguiente, un hombre que se mata y un ser que no muere.

Nada hay sobre la tierra más común ni más continuo que el espectáculo de la muerte. Hay quien duda filosóficamente si vive; hay muchos hombres que no aciertan á darse cuenta segura de la vida; pero nadie duda de que ha de morir. Acaso el testimonio más auténtico que tenemos de la vida es la muerte; al morir es precisamente cuando el hombre reconoce con toda claridad que ha vivido, porque la vida suele no dejarnos pensar en la vida.

Pues bien: esta evidencia de la muerte que to-

dos tenemos, no es por cierto indicio que pueda conducirnos á la idea de la eternidad. ¿De dónde ha sacado el género humano el conocimiento de una vida perpetua, cuando la muerte está en todo lo que le rodea? El hombre no puede tener idea de lo que no tiene idea, y si no tiene idea de la eternidad, ¿cómo la tiene? Ni la ciencia ni la naturaleza han podido grabar tan clara y tan profundamente en el corazón de la especie humana el sentimiento de esa vida sin término que nos espera al otro lado del sepulcro. ¿Ha podido el genio adivinarla? ¿La razón del hombre ha conseguido presentirla? Bien; pero esa idea abstracta, ¿cómo ha llegado á ser una realidad en los hombres de todos los tiempos y de todos los pueblos?

Más aún: la historia nos habla de la eternidad, antes que de la sabiduría y de la ciencia de los hombres; parece que es la primera palabra que se ha pronunciado sobre la tierra; diríase que el hombre ha tenido la percepción de la eternidad antes que la evidencia de la muerte. Si fuera posible arrancar del linaje humano el sentimiento de la inmortalidad, se consumiría el más cruel de los asesinatos.

Todavía hay más: los que, arrastrados por las corrientes impetuosas de los errores filosóficos, niegan la existencia interminable del alma humana, no se atreven á negar la inmortalidad, y no sabiendo qué hacer de ella, se la atribuyen á la materia; la materia increada y la materia sin fin. Este es el

gran suicidio. El error viene á ser aquí la cuerda con que el sabio infausto pretende ahorcar á su propia alma: es la desesperación de la ciencia que todo quiere saberlo, y por la ley de una justicia que no nos es dable eludir, el suicidio que atenta contra la inmortalidad del alma, es el que engendra esa multitud de suicidas que diariamente arrojan sus cadáveres delante del carr o triunfal de nuestras disipaciones.

Grande debe ser la desesperación del que atenta contra sus días; pero ¡cuán horrible será su angustia al ver que se ha matado y que no ha muerto! Desaparece el hombre, y queda el suicida.

Y bien: ¿la vida nos pertenece? ¿Es una propiedad ó un censo? ¿Es un privilegio ó un castigo? ¿Somos sus dueños ó sus esclavos?

En verdad, esta es una cuestión de hechos. Por de pronto, constituye una deuda tan sagrada, que nadie ha negado todavía: todos reconocemos que la debemos á nuestros padres. Éstos son los primeros acreedores que se nos presentan á pedirnos cuenta de ella. ¿Dónde está el hombre que no le debe la vida á su padre? Y, francamente, ¿á quién le será lícito creer que es suyo lo que debe?

Saldada esta cuenta, aparece un nuevo acreedor más imperioso, más exigente, y, si es posible decirlo así, más avaro. Este acreedor es una mujer que, armada con el derecho de sus encantos, invade nuestro corazón, nos embarga la vida, se la apropia, la hace suya, y, como si quisiera dar

testimonio de la legitimidad de su dominio, alguna vez la vende.

¡Con qué ternura deja escapar de sus ojos miradas que todo lo quieren, que todo lo poseen, que todo lo animan! Parecen las llaves con que abre las puertas de vuestro corazón, para entrar en él como en su propia casa. Observad con qué sencillez toma posesión de esta herencia. Os rodea con sus brazos, os sonrío, como si quisiera dulcificar el vasallaje que os impone, y exclama:

« ¡Vida mía! »

Desde este momento vuestra vida es suya, la habéis prometido ante Dios y ante los hombres, y ya no os pertenece, y para hacer más firme el dominio á que os sometéis, en esa esclavitud está vuestra felicidad. Desde ese momento no sois más que simples administradores de vosotros mismos, que tendréis que dar cuenta de vuestras acciones, de vuestras palabras y hasta de vuestros pensamientos. Gramaticalmente hablando, no sois más que un genitivo de posesión. ¿Cómo se podrá decir que es nuestra una vida que no nos pertenece?

Detrás de la mujer está la familia, como detrás de la palabra está el pensamiento, detrás del número la cantidad, y detrás del individuo la especie. Mujer es un nombre colectivo, porque decir mujer es tanto como decir hijos. Ahora bien: ¿qué padre no vive para sus hijos? Son su vida; la partió con ellos al darles el ser, y ni Dios, ni la razón, ni la naturaleza le permiten reclamarla.

A las puertas de la familia, en el umbral mismo de la casa, está la sociedad.

¿Qué quiere?

Quiere vuestra vida.

¿Es suya?

Suya; le pertenece en nombre de la verdad, en nombre de la justicia, en nombre de la patria.

La religión, más augusta que la patria, nos la pide. También se la debemos á Dios. Él solo la da y la quita, y nos la reclama en nombre de la virtud, del sacrificio, del heroísmo y del martirio.

Repartida así la vida del hombre, ¿qué vida le queda? Si no es suya, ¿cómo puede disponer de ella? Es un depósito que poseemos sin que nos pertenezca.

El suicidio es un robo hecho al padre, á la mujer, á los hijos, á la religión, á Dios y á los hombres.

Pero bien: tú eres un hombre ilustrado, estás al cabo de la calle de tu siglo, y ¡quién te engaña!... No reconoces la legitimidad de tantos acreedores, y te guiñas interiormente el ojo como si tú mismo fueras tu cómplice. Tú, que lo niegas todo, ¿cómo has de reconocer deuda ninguna? Padres, mujer, hijos.... ¡Bah!.... Dios...., la patria, la virtud, la verdad, la justicia.... ¡Qué tonterías! Bastante le debemos al sastre, al usurero, al fondista, para ir á meternos ahora en nuevas trampas. Tu vida es tuya, te pertenece desde el momento en que naciste. ¿Qué más necesitas saber para declararte dueño de ella? Y si es tuya, si á nadie se la

debes, ¿quién puede impedirte que en la exacerbación de tu sensualidad insaciable, de tu envidia ó de tu codicia, no dispongas de ella? ¿Tan lejos está de tu casa el viaducto de la calle de Segovia, que te resignes á seguir viviendo? ¿No es el revólver la última fórmula de la felicidad que por todas partes nos sonríe?

Mas... tú, sin Dios, sin religión, sin patria y sin familia, ¿eres acaso dueño de tu vida? Los placeres que te embriagan, los vicios que te asedian, las pasiones que te devoran, ¿no son los herederos implacables de la testamentaria de tu alma? Tú, entre todos los hombres, eres el más esclavo de tu vida.

Mírese como se quiera, la vida es la propiedad que menos nos pertenece; todo nos dice que no es nuestra, y los suicidios se multiplican entre aquellos á quienes menos pertenece.

La estadística del mundo ilustrado por la civilización moderna espanta por el número de suicidios que registra; pero espanta más todavía por la causa que los ocasiona.

La ciencia ingenuamente impía que nos inficiona, hace hombres sin Dios, ciudadanos sin patria, seres sin familia, y he ahí los que se matan. Sin Dios, sin familia y sin patria, ¿qué tiene que hacer el hombre sobre la tierra?

El suicidio es el supremo absurdo, es, además, la suprema infamia; resta saber si es al mismo tiempo la suprema cobardía.



IV.

EN unos tiempos en que todo se pesa, todo se mide y todo se cotiza, es lo más natural del mundo que el valor haya pasado de los hombres á las cosas, y que, dejando de ser una cualidad moral, lo encontremos convertido en circunstancia mercantil. Parece que ha pasado la edad del valor, la edad de los héroes y la edad de los mártires, y es indudable que estamos en la edad de los valores, esto es, en la edad de las ganancias y de los capitales.

Realmente, la transformación que advertimos en el sentido de esa palabra resulta de un simple cambio de lugar; los héroes han encontrado siempre el valor en la entereza de sus corazones; los mártires en la grandeza de su fe y en el heroísmo de sus virtudes; el hombre moderno lo lleva en el bolsillo.